

Parte I

De La Habana

La madre de Colín.

La arpía,
mi madre,
vive en un clóset.
De ahí sólo sale para cocinar,
para protestar por mi barba de week-end.
Está vieja
con las piernas tatuadas de várices,
pero no tiene fea la cara.
Es buena sin ser una estatua;
como una monja
que deja entrar en su intimidad al jardinero sin
interrumpir el rosario.
A las 5:00 p.m.
regresa al clóset
se confunde con camisas sin planchar,
dos sobretodos rusos, y
un texto de preceptiva latina atacado por las polillas.
Hace 20 años
que esta arpía
(todos la llaman Chuchú)
come sin sal,
porque tiene líos con la presión.
Es como una vajilla de plata
que sólo aparece en los grandes instantes
y sus grandes momentos son:
sus mañanas de café amargo,
sus gestos teatrales ante la loza sucia.
Desde que soy niño;
ella dice que tiene 80 años y
que es hija de la virgen de Regla,
reparte su corazón en raciones iguales
pero siempre hay un extra para mí.

Nací con letra de adivino,
tres vueltas de tripa en el cuello.
Pequeño profeta un tanto gordo
anunciando la miseria

en medio de la luz,
que escapó por un pelo de ser fusilado
para descubrir más tarde,
sacado de un cómic de las Urracas Negras:
Un camino.
Una puerta.
En la Isla de Pinos
al actor Juan Ángel Espasande,
al novelista José Hernández Artigas
a la actriz Bárbara Fernández(ahora Safille) Melcón.
En La Habana
un salto hasta el discurso del trostkista negro
Walterio Carbonell,
haciendo un descanso en la heladería Coppelia
para reír
con el jodedor pintor
Santiago Armada (Chago),
que pintó una tremenda pinga
en el mural del Salón de Mayo
calle La Rampa, Vedado.

Nunca me dió la espalda esta mujer
que me trajo al mundo,
ni siquiera,
cuando me quise matar por amor o lujuria
ante la puerta de una
Lady Pop
esposa de un amigo que se había ido
por el puente del Mariel.
Siempre me defendió de las risas de la cordura familiar,
inclusive,
cuando salía a la calle
rumbo a la playita de 16 en Miramar
tocando una flauta japonesa,
regalo de mi amigo el poeta
Manuel Ballagas.
Una madrugada,
sin tener documentos apropiados,
ni cuenta secreta en Suiza,

sin saber hablar Ingles,
me quise ir bien lejos
de todo un presente que sólo era pasado,
de una canción bonita que escondía
una bola de churre muy cruel.
Mi arpía me miró a los ojos:
“dale una vuelta al mundo”.

Un día no saldrá más del clóset.
se quedará ahí como ícono yorubá,
como una oración del justo juez.
Esta Chuchú, a veces,
claro está sin que ella lo sepa,
me hace llorar.

en la pista del parque Martí
un pintor de capa y espada
genial y enemigo de los mencheviques.

Vida digna para un ensayo.

Los detalles precisos se desconocen.

La pareja hace soñar la realidad,
apretando aquí cediendo allá
pintando el rostro de la primavera.

Es una relación sin egoísmos:

fundan escuelas de idiomas
decoran iglesias
luchan contra los resabios de campesinas
expertas en puertos.

Los detalles precisos se desconocen.

pero hay 90 papeletas,
si no se se produce una hijeputada mayor,
para que sea
una bella historia
de hadas y

amor.

Electrónica Japonesa.

Soy un equipo Sanyo.
300 voltios han descompuesto mis sistemas integrales.
Estoy ahora em manos de niños curiosos.
Después de juegos domingueros
me espera
 el óxido
 el basurero
 y el olvido.

Todo termin a para quién nació
reluciente en un estuche plástico.
Analogía:
el espejo refleja las manos rotas de Jimmy Hendrix
en París con aguaceros y sin la torre Eiffel.
Ni siquiera una guerra de liberación victoriosa
podrá reconstruir mi rostro,
salvar mis alas del fuego.
Voy rodando hacia un tanque de cal viva.
Todad las letras son ahora la Z del alfabeto
después está la luz de la muerte.

He pecado
amé demasiado a la aristocracia popular
quise dormir con la reina de Inglaterra.
Olvidé
mi pasado de pantalón desteñido,
mi habla de telégrama sin hilos,
esta cara de simio que el eco regala a todos.
La sal tal vez pueda cerrar las heridas.
Mas la memoria
está ahí como un radar captando el amor;
amar es ahora imposible
-pero que bellas son sus manos, parecen lotos en la noche-

Soy un equipo japonés muerto
mañana unos escultores modernos me rescatarán
entre rones baratos y putas sonrientes

-como imitaciones primitivas de Barbra Streissand-
y me bautizarán nuevamente
y colocarán sobre mi hombro un cuervo de oro.

Después,
después un fantasma me creará ver
en una competencia de floretes y flores
un domingo de mucho sol.

El parque de los descocidos electroculados.

En un punto cualquiera
de la ciudad
frente al azul del mar,
sitio anodino
sin grandes árboles
ni estatuas melancólicas,
un lugar que no sirve
para la praxis del amor.
Tal vez se construyó
para gastar un dinero menor
que sobró
de un gran proyecto humanista.
Se ven a veces
y comen pan caliente
si tienen suerte.
A la sombra de sus propias historias
hablan mirando de reojo
a la derecha y a la izquierda,
tratan de reparar
la cañería de la sociedad.
Piensan y planean cómo conseguir
los botones para la camisa de la razón.
Hacen silencio
cuando pasa ante ellos, con un perrito de peluche,
la bailarina de caracter.
Antigua condiscípula de las escuelas al campo.
Novia de uno en la víspera de una rueda de casino.
Se besó con el otro
al doblar de la embajada húngara
en los días finales del 70.
Con ninguno se acostó.
Entró en la zona más fría del planeta
y regresó con las zapatillas de
cristal
blanca como una muerta.
Por supuesto no había dialogo posible.
Ellos habían quebrado todas las reglas,

habían pasado la raya,
se proclamaban profetas
y ningún Pope les hacía caso.
Los hablantes con un gesto la borraron
y volvieron al tema,
más bien a la especulación.

Una de las voces
recuerda,
Matusalen duró casi la eternidad.
La otra voz se altera,
cita a San Agustín,
salta hacia el Viejo Testamento,
relata como David venció.
Su voz se convierte en lamento operático
cuando invoca la paciencia de Job.

Son evidencias
al final vendrá la luz.
El otro, siempre hay uno más viejo
grita:

Dios no existe
pero el Diablo sí
y nos tiene en el bolsillo de su blue jeans,
el que está más cerca del culo,
somos mierda, amigo, pura nada.
Un minuto agradable
unos niños juegan con una pelota de trapo.
Se terminó el pan,
uno de ellos asegura
que la clave de todo
está en el aire
y la danza.

El otro tiembla de rabia.
Su amigote irá a traer por los pelos
de la peluca a la flacucha Marié, para
colocarla entre sus panzas?

Aquel ríe
no temas, el pasado, pasado es.
Lo que quiero decirte es que
el NO lumínico se oxidará

y de ahí al basurero
a pesar
de la jalea real
del interferón
del pene de cocodrilo
de la biogenética
no podrá respirar más tiempo
que una aeromoza sonriente (a pesar de los vómitos)
o los fuetés de la primerísima bailarina
más ocamba que absoluta.

Nos vamos a reir (que Dios nos perdone)
cuando pase horizontal
como un árbol arrancado por un ciclón
entre bandas de música.

Callan, miran a los autos
a la viejita que espía el semáforo.

Se despiden con bromas y abrazos.
Uno le pide al otro menudo para el ómnibus
se llevan saludos para sus respectivas esposas,
pero no caminan mucho.

Un cable de alta tensión, cae,
mueren así de pronto,
como en un melodrama,
como si los hubieran sentenciado
por pasar datos sobre la bomba A
al terrible enemigo.

A partir de ese día
el lugar sin nombre se empezó a llamar
“El parque de los descocidos quemados”
y la flacucha bailarina
siguió atravesando el cespced
con su perrito

y sus joyas
y la mirada bien alta

Dos veces en las aguas del mismo rio.

al crítico de arte Gerardo Mosquera

Llega el ascensor
que todo lo repara,
se abre la verja que suena como una vagina
de poetisa de provincia.
Sale al pasillo sudoroso y peludo.

¿Cantante de la perrera?
¿Bardo olvidado por el linotipo?

“Soy Heráclito,
estuve equivocado por casi una eternidad.
Sí nos podemos bañar dos veces
en las aguas del mismo rio;
como si el Ganges o el Almendares
fueran una cocina de varias hornillas.
Como un radio de onda corta y larga”.

Se abre la puerta del elevador de carga
y sale,
a la luz del socialismo utópico,
una mujercita tatuada:
18 años
y dos mil horas de vuelo en un
turistaxi.

A mitad del pasillo
el macho antiguo la mira en detalle,
con lengua picante:
“Ven gatica, a probar mi teoría
del agua dulce y metafísica”.

Si nadie quiere entender a los primeros cristianos,
mucho menos a los paganos griegos.
Sobre todo en esta isla en un drama especial.

-¿Tú tienes fulas?
¡Dólares chico!
¿De dónde salió este viejo cochino?

Hay que llamar con urgencia
a la super poesía.
¿Servirá para algo?

La poetisa pálida como la muerte.

Es un domingo de calor,
tal vez
sea finales de Mayo
o la mitad de Agosto.
Las flores están en su sitio
a la sombra del motor alemán
que agita la
Historia.

Ella dulce y discutida
como la raspita del arroz con leche,
trata de leer
las líneas de su propia mano y descubre que el silencio
es su raya más brillante.
Es domingo
hora de tedio,
no hay un solo gitano
en miles de kilómetros a la redonda,
se han extraviado las corbatas.
Suena el teléfono:
voz ronca, lejana,
precisanda una cita,
reclamando besos,
alegando suicidios,
jurando por JAVE,
ofreciendo la inmortalidad.
Ella pone la boquita como cilindro de flauta,
NO NONONONONO. Hoy no está
para ángeles ni editores españoles.
Ni lo uno ni lo otro,
se envuelve en una toalla,
se asoma al balcón,
salta
coma dopada por la luna.

Civiles fuertemente armados
retiran el cadaver,

viran todo al revés,
se hechizan ante una foto de la roquera
Madonna,
retiran papeles altamente comprometedores.

El calor viaja de la noche a la madrugada.
Un grupo de acción,
la potencia abakuá
CONDOMINA MEFÉ DEL BONGÓ METARE,
rompen barrotes,
puertas,
sacan del necrocomio a la poetisa, aún tibia,
más bella que nunca.
Tocan las puertas de Niko,
grabador, poeta, pintor y hombre de pelo en
pecho.
Cruzan las manos en saludo,
toman aguardiente
brindando por los muertos.
Le dicen:
"Límpiate con la muerta de las letras,
para que tus enemigos se conviertan en sal y agua
y
después tírala a las cuatro esquinas".

El Diablo sabe más por.....y
se caga en la noticia.
La lava con miel,
con cenizas de ceiba,
con mermelada de pera búlgara.
Poquito a poquito
como en una ópera de R. Wagner,
le fue metiendo (lo que Eva buscó en Adán en las páginas del Génesis,
aquello que la poesía romántica esconde bajo flores
y escritura de ardillas)
la vida que da vida,
hasta que cantaron los gallos.

Como en un melodrama

la musa despertó:
“¿dónde estoy?”
Está viva y coleando
dentro de un espejo,
en la casa de un negrón
duende y posiblemente buga.
Cerró los ojos como si fuera Marguerite Youcenar,
estaba ahora
en la sala de su casa,
como un soneto de última hora,
dudando qué vestido escoger.
Se decidió por un batilongo lila,
de reajo miró
al espejo,
había una pareja haciendo el amor.

Otro soneto de ultima hora,
en el paraíso año 2000,
se vió en cuatro patas,
recibiendo la gramática
de un negro con diente de oro.
Era domingo.

Meditaciones sobre Platón.

Poéticamente tu casa es una trampa de Borges en Cuba.

Donde Vivaldi

penetra constantemente, con un falo de goma,
a la mezzosoprano

Cármen González,
en ese jardín portátil que diseñó tu suegro
con el pretexto de la privacidad

para hablar sin miradas de clase media
con su sabrosa negra mamey.

Tus metros cuadrados,

con estantes de bellos libros
desde los griegos hasta las Brigadas Rojas.

Tus metros cuadrados,

donde tus gemelos defienden el puente,
entre la realidad y los sueños.

Tu casa llena de puertas con rejas,

ventanas con rejas.

Tu casa con un ojo oculto

tras el afiche del cómico mexicano.

Tu casa,

es una antesala para los planes siniestros del autor argentino
de quien se sabe

fue un alto oficial de la KGB en Suramérica,
que pasaba también información

a la Agencia Central de Inteligencia.

Juego doble donde tú participas,

pero yo te quiero

y no voy

a faltar a tus m²

pese al peligro

de que un día

un golpe de aire

me traslade de sopetón

a otros m²

sin libros.

Debieron ser las lecturas

con un sombrero
de maniquí de Venecia.

Como saben

Borges y tú
tu sala se llenó de un olor
que yo pensé

era de una medicina especial que ustedes utilizaban
para hacer hablar
a las personas.

Nada de eso, era ella.

Sólo sus axilas llenas de mucho pelo.
Como las cabelleras de los chicos en La Gran Protesta contra la
guerra de
Viet Nam.

Era tal vez

el olor por el que un día
sucumbió Ulises en los brazos de

Circe.

Era un olor capaz

de provocar un motín entre la negrada
que habita en las afueras
de la ciudad de Matanzas.

No tomé conciencia
frente a ella,

me replegué en un silencio de parroquia,
no separé la vista del suplemento cultural,
sólo le pregunté su signo sodiacal
y grabé en la mente sus señas de hotel.

Se fue como llegó:

sonando los zapatos plásticos,
dejando algo de Suiza,

la tentación de ir a Nicaragua,
la promesa de regresar a la isla para ver pintura cubana,
todo muy bien planeado, muy espontáneo entre comillas.

Yo me marché

tenía pincha,
mi trabajo de cuidar tractores y motoniveladoras,
donde sueño

con un amor más real:

María Caracoles.

Donde planéo

qué hacer con mi gran salario de

\$97.00

\$48.50 a la quincena

los días siete y veintiocho de cada mes.

No me pude quedar dormido

en mi cama de cuatro sillas pegadas a la pared,

su sudor estaba allí

casi sobre mí

como un pez manta,

como una locutora del oráculo de Delfos.

Antígona era la trampa perfecta

la jugada genial.

Seguro en próximos encuentros,

muy casuales,

planificados por el destino

iba a sucumbir

a ser reclutado por su sonrisa.

Lo veía todo mas

claro que en el cristal de una vidente.

Era como mirar una película

en una casetera.

Yo no podía hacer nada por evitarlo,

además, en mi subconsciente,

anhelaba ser derrotado, convencido,

amarrado a sus faldas.

Despertar sin memoria entre sus alas.

Cambiar mi nombre

por el número que me dieran sus labios,

dejar que me bajara los pantalones

y me penetrara (clavar decimos los cubanos)

el Buda Vajrasattva

con su grandiosa vajra.

Aceptar los chantajes

menos su ausencia

menos que se vaya

con las maletas llenas del oro Escita

y me deje

solo
loco
triste.

Como en los episodios de Flash Gordon

el emperador Ming
nunca vence.

Hora cero,

cuando los misiles iban

rumbo al estrecho de Bering.

El hablante comprendió que todo era ILUSIÓN

y que Buda nunca tuvo

pinga

y Antígona

era una bella turista inocente,

que no tenía ni capa ni espada,

ajena a toda escritura invisible,

a toda máscara,

a toda delación

sofisticada.

Que su único demonio para los demás,

era su propio tatuaje

en el reino del amor.

Y como en las películas de los años 40 todo empezó

a tener una lógica

una bella razón de estado:

Jesús era todo

menos

un inspector

de chaqueta negra

o guayabera de poliéster.

Su casa era sólo

una casa

en medio del trópico.

Tu cara

era de verdad

no de plástico.

Detrás del afiche del mimo azteca

sólo había soledad.

Jorge Luis Borges

no tenía negocios de ningún tipo
con la Cheka
ni con la CIA.

María Caracoles

dirá no,
al que la pretende por una cuestión
de límites y diccionarios,
pero después, a lo mejor dirá que sí.
Esto es el trópico.

Ha sido

una jugarreta del tiempo
o la invasión de la cuarta dimension
o la explosión de Chernobil
que nos afectó los nervios.

El poeta no se bajará los jeans

de los años 60

de espalda

ante ningún gordo buga por muy santo que sea.

Después de estos ajustes técnicos de la realidad

algunas cosas siguieron invariables:

el aroma de la suiza-italiana-greco-cubana,

la nostalgia

por las lecturas de la escritora con jardín.

Vivaldi seguirá

haciendo chucuu-chucuu en el jardín portatil.

El hablante

no será trasladado a otros metros

con luz de tercer grado.

Eso sí,

lo que no aclara la visión de la praxis futura,

esto entra en los designios del Señor,

es si se podrá templar o no,

a la parienta de Platón.

Amigo, poéticamente hablando,

tus metros cuadrados,

tu rama familiar
son el regalo,
del único que puede obsequiar:
Dios Padre.
¿Verdad Jesús?
¿Verdad Antígona?

Soledad domesticada.

Lo único que puedo prometerle es la
ingratitude eterna de los hombres.

José Martí

Desde niños
desde que empezamos a ser
flores, gigantes o toreros populares,
se nos dijo que el cáncer,
sí, el cáncer,
puede tocar el timbre de nuestra morada
mostrarnos su tarjeta
y saltar sobre nuestro espíritu.

Al principio
no se siente nadanotable
a no ser la pérdida de peso,
un ligero dolor de muelas,
la ausencia de la luna en los sueños,
el confundir al dictador con un saltamonte,
con un violinista hebreo,
con un tasador de diamantes.

Yo pensé que mi verja estaba construida a prueba de dolores incurables,
que tenía a mi disposición
kilogramos de opio.

Se equivocó nuevamente la matemática del corazón
no soy divino
estoy hecho de piedra y sangre
mortal como un alcón ante las flechas.

Desde niños
oímos hablar del fin,
ahora el fin tiene alas y patas,
que nos quieren devorar.
Pero reímos,
nos salva,
me indulta,

la soledad domesticada
la mano de Dios
junto al canto del poesía.

Detrás de este huracán
de este domingo apócrifo
vendrá la primavera
y como dijera Cátulo:
“¿Qué es mi desgracia comparada con la tuya?”

Hay una playa
un niño
encuentra un caballo muerto;
en boca maloliente del animal hay una perla.
Ahora sí que la primavera es eterna.